



La Santa Sede

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XXXIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

*Venerables hermanos en el episcopado;
amadísimos hermanos y hermanas del mundo entero:*

1. Las vocaciones en la comunidad cristiana.

Lo mismo que la semilla da fruto abundante en buen terreno, de igual modo las vocaciones nacen y maduran generosamente en la comunidad cristiana.

En efecto, en ella se manifiesta el misterio del Padre que llama, del Hijo que envía y del Espíritu que consagra: «La vocación, llamada de Dios, nace en una experiencia de comunidad y genera un compromiso con la Iglesia universal y con una determinada comunidad» (*Documento declarativo del primer Congreso continental latinoamericano sobre las vocaciones*, 24).

Es preciso, por tanto, que en cada nivel se manifieste, se desarrolle y crezca un profundo sentido eclesial, una generosa apertura a las necesidades pastorales del pueblo de Dios, una colaboración mutua y sincera entre el clero secular y regular, para sostener el camino de fe de los hombres y mujeres que desean seguir a Jesús, consagrándose a él con corazón indiviso.

2. «También vosotros, cual piedras vivas, entráis en la construcción de un edificio espiritual» (1 P 2, 5).

Se necesita partir desde las comunidades para preparar el terreno fértil, en el que la acción de Dios pueda extenderse con fuerza, y su llamada ser acogida y comprendida. «Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales» (*Christifideles laici*, 34).

En realidad, el vasto campo de la acción pastoral en favor de las vocaciones, en algunos

aspectos, no está todavía valorado plenamente, aunque va aumentando una actitud de mayor conciencia de esta dimensión de la vida cristiana, y se multiplican las iniciativas para realizarla. El descubrimiento de la propia vocación, cualquiera que sea, no debe hacer que se ignoren las demás opciones evangélicas necesarias para la identidad de la Iglesia, instrumento e imagen del reino de Dios en el mundo.

Sólo las comunidades cristianas vivas saben acoger con prontitud las vocaciones y después acompañarlas en su desarrollo, como madres que velan por el crecimiento y la felicidad del fruto de sus entrañas. «La pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde ésta a la parroquia y a todos los estamentos del pueblo de Dios» (*Pastores dabo vobis*, 41).

Pero nuestras comunidades necesitan creer aún más en la importancia que reviste la propuesta de los múltiples proyectos de vida cristiana y de las funciones eclesiales, ministerios y carismas, suscitados por el Espíritu en el transcurso de los siglos y reconocidos como legítimos y auténticos por los pastores de la Iglesia. También ahora, cuando la sociedad se transforma rápidamente y en profundidad, en las comunidades de los creyentes, la propuesta cristiana debe superar todo tipo de resignación pasiva y dar con confianza y valentía sentido pleno a la existencia mediante el anuncio de la presencia y de la acción de Dios en la vida del hombre.

Hoy, frente a los desafíos del mundo contemporáneo, se necesita mayor audacia evangélica para realizar el compromiso de promoción vocacional según la invitación del Señor a pedir insistentemente obreros para la difusión del reino de Dios (cf. *Mt* 9, 37-38).

3. «Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios» (1 P 2, 10).

La vocación cristiana, don de Dios, es patrimonio de todos. Tanto los casados como los consagrados son elegidos por Dios para anunciar el Evangelio y comunicar la salvación; no por sí solos, sino en la Iglesia y con la Iglesia. «Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial» (*Evangelii nuntiandi*, 60). A la llamada universal de Dios a vivir y testimoniar el anuncio de salvación responden vocaciones especiales con misiones específicas dentro de la Iglesia; son fruto de una gracia especial y requieren un gran esfuerzo moral y espiritual. Son las vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa, a la acción misionera y a la vida contemplativa.

Estas vocaciones especiales exigen respeto y acogida, plena disponibilidad para poner en juego la propia existencia, y una constante oración de súplica. Suponen, además, una amorosa atención y un sabio y prudente discernimiento de los brotes de vocación presentes en el corazón de muchos adolescentes y jóvenes. «Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la

responsabilidad de cuidar las vocaciones» (*Pastores dabo vobis*, 41).

Piensan algunos que, puesto que Dios sabe a quién llamar y cuándo llamar, a nosotros no nos queda sino esperar. Éstos, en realidad, olvidan que la suprema iniciativa divina no exime al hombre del compromiso de corresponder. De hecho, muchos llamados alcanzan la certeza de la elección divina a través de circunstancias favorables, determinadas también por la vida de la comunidad cristiana.

En muchos jóvenes, desorientados por el consumismo y por la crisis de ideales, la búsqueda de un auténtico estilo de vida puede madurar, si cuenta con el apoyo del testimonio coherente y gozoso de la comunidad cristiana, en la disponibilidad para escuchar el grito del mundo ávido de verdad y de justicia. Es fácil, entonces, que el corazón se abra para acoger con generosidad el don de la vocación a la consagración.

4. «Hermanos, considerad cómo fuisteis llamados» (1 Co 1, 26).

La Iglesia debe manifestar su imagen auténtica en el esfuerzo diario de fidelidad a Dios y a los hombres. Cuando realiza esa misión con profunda armonía, viene a ser el terreno propicio para el nacimiento de opciones valientes de compromiso sin reservas en favor del Evangelio y del pueblo de Dios.

A través de las vocaciones especiales el Señor asegura a la Iglesia continuidad y vigor y, al mismo tiempo, la abre a las nuevas y antiguas necesidades del mundo para ser signo del Dios vivo y para contribuir a la construcción de la ciudad de los hombres en la perspectiva de la «civilización del amor».

Toda vocación nace, se alimenta y se desarrolla en la Iglesia y a ella está vinculada por origen, desarrollo, destino y misión. Por esta razón las comunidades diocesanas y parroquiales están llamadas a reforzar el compromiso en favor de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, sobre todo, con el anuncio de la Palabra, con la celebración de los sacramentos y con el testimonio de la caridad. Deben, además, tener en cuenta algunas condiciones indispensables para una auténtica pastoral vocacional.

Es preciso, ante todo, que *la comunidad sepa ponerse en actitud de escucha de la palabra de Dios* para acoger la luz divina que orienta el corazón del hombre. La sagrada Escritura es guía segura cuando se lee, se acoge y se medita en la Iglesia. El acercamiento a las vicisitudes de los protagonistas bíblicos y, sobre todo, la lectura del Evangelio proporcionan momentos de iluminaciones sorprendentes y de opciones personales radicales. Cuando la Biblia llega a ser el *libro de la comunidad*, es más fácil escuchar y recibir la voz de Dios que llama.

Es necesario, además, que *las comunidades sepan orar intensamente* para poder realizar la

voluntad de Dios, subrayando el primado de la vida espiritual en la existencia diaria. La oración ofrece grandes energías para aceptar la invitación del Señor a ponerse al servicio del bien espiritual, moral y material de los hombres. La experiencia litúrgica es el camino principal para educar a la oración. Cuando la liturgia queda aislada, corre el riesgo de empobrecerse; sin embargo, si va acompañada de profundos y prolongados momentos de oración personal y de silencio, pasados en la presencia del Señor, se convierte en camino seguro que conduce a la comunión con Dios. Es preciso hacer de la liturgia el centro de la existencia cristiana, a fin de que, a través de ella, se cree la atmósfera favorable para las grandes decisiones.

Asimismo, la comunidad debe ser sensible a la *dimensión misionera*, haciéndose responsable de la salvación de cuantos todavía no conocen a Cristo, Redentor del hombre: en la sensibilidad misionera viva y profunda hallamos otro requisito para el nacimiento y la consolidación de las vocaciones. Si la comunidad vive intensamente el mandato del Señor: «Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt 28, 19*), no faltarán dentro de ella jóvenes generosos que se ofrezcan para asumir personalmente la tarea de proclamar a los hombres de nuestro tiempo, a menudo desalentados o indiferentes, el anuncio del Evangelio antiguo y siempre actual.

Por último, la comunidad debe estar *abierta al servicio de los pobres*. El estilo de humildad y de abnegación, propio de la opción en favor de los pobres, al manifestar el rostro más auténtico de la comunidad cristiana comprometida en todos sus estamentos para ayudar a los hermanos probados por la necesidad y por el sufrimiento, contribuye a crear un ambiente particularmente favorable a la acogida del don de la vocación. En efecto, «el servicio de amor es el sentido fundamental de toda vocación (...). Por eso, una pastoral vocacional auténtica no se cansará jamás de educar a los niños, adolescentes y jóvenes al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la entrega incondicional de sí mismos» (*Pastores dabo vobis*, 40).

5. «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21).

La pastoral vocacional compromete a todos los miembros de la Iglesia. En primer lugar, a los *obispos*, que hacen presente, con su ministerio de pastores, al Señor Jesús en la comunidad y son los garantes de la autenticidad de los dones del Espíritu a través del discernimiento de los carismas. A ellos compete promover cualquier actividad adecuada en favor de las vocaciones, recordando a todos los fieles este compromiso fundamental, cuya expresión principal sigue siendo la oración. En la Iglesia, memoria y sacramento de la presencia y de la acción de Jesucristo que invita a seguirlo, los obispos anuncien, en la predicación y en los demás actos de magisterio, la gracia de los ministerios ordenados y de las varias formas de vida consagrada; inviten a todos a responder a la propia llamada con docilidad generosa a la voluntad divina; mantengan vivo el espíritu de oración, y soliciten la corresponsabilidad de las personas y de los grupos; sostengan, guíen y coordinen, mediante la acción de los directores diocesanos y de otras personas competentes, el Centro diocesano para la pastoral vocacional.

Junto al obispo, los *presbíteros*, tanto *diocesanos* como *religiosos*, desempeñan un papel de importancia primordial. Animando las comunidades eclesiales, pueden contribuir en gran medida a suscitar y orientar las vocaciones con el consejo espiritual y con el ejemplo de una vida vivida con gozo en favor de sus hermanos. A su responsabilidad está confiado, a menudo, el delicado deber de animar a los muchachos y muchachas que Dios llama: éstos deberán poder encontrar en ellos guías espirituales seguros y competentes, así como testigos auténticos de una vida completamente entregada al Señor.

Asimismo, es importante la labor de los *catequistas*, que tienen con frecuencia un contacto prolongado y directo con los niños, los adolescentes y los jóvenes, sobre todo a lo largo de la preparación para los sacramentos de la iniciación cristiana. También ellos tienen el deber de mostrar el valor y la importancia de las vocaciones especiales en la Iglesia, contribuyendo, de este modo, a hacer que los creyentes vivan plenamente la llamada que Dios les dirige para el bien de todos.

Quisiera, por último, dirigirme a vosotros, queridos *jóvenes*, y repetiros con afecto: sed generosos en dar vuestra vida al Señor. ¡No tengáis miedo! Nada debéis temer, porque Dios es el Señor de la historia y del universo. Dejad que crezca en vosotros el deseo de proyectos grandes y nobles. Cultivad sentimientos de solidaridad, pues son signo de la acción divina en vuestro corazón. Poned a disposición de vuestras comunidades los talentos que la Providencia os ha regalado. Cuanto más generosos seáis en entregaros a Dios y a los hermanos, tanto más descubriréis el auténtico sentido de la vida. ¡Dios espera mucho de vosotros!

6. «Rogad al dueño de la mies...» (Mt 9, 38).

Concluyo estas reflexiones invitándoos, amadísimos hermanos y hermanas, a encomendar vuestras comunidades al Señor en la oración, para que, reunidas a ejemplo de la primera comunidad cristiana en la escucha asidua de la palabra de Dios y en la invocación del Espíritu Santo, y por la intercesión de la Virgen María, sean bendecidas con abundancia de vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa.

Al Señor Jesús elevo mi ferviente súplica para obtener el don precioso de numerosas y santas vocaciones:

Señor, tú has querido salvar a los hombres
y has fundado la Iglesia
como comunión de hermanos,
reunidos en tu amor.

Continúa pasando entre nosotros
y llama a aquellos que has elegido

para ser voz de tu santo Espíritu,
fermento de una sociedad más justa y fraterna.

Alcánzanos del Padre celestial
los guías espirituales
que necesitan nuestras comunidades:
verdaderos sacerdotes del Dios vivo
que, iluminados por tu palabra,
sepan hablar de ti y enseñar a hablar contigo.

Haz crecer tu Iglesia
mediante un florecimiento de consagrados,
que te entreguen todo,
para que tú puedas salvar a todos.

Que nuestras comunidades celebren en el canto
y en la alabanza la Eucaristía,
como acción de gracias a tu gloria y bondad,
y sepan caminar por los senderos del mundo
para comunicar el gozo y la paz,
dones preciosos de tu salvación.

Vuelve, Señor, tu rostro
hacia la humanidad entera
y manifiesta tu misericordia a los hombres
y mujeres que en la oración y en la rectitud de vida
te buscan sin haberte encontrado todavía:
muéstrate a ellos como camino
que conduce al Padre,
verdad que hace libres
y vida que no tiene fin.

Concédenos, Señor, vivir en tu Iglesia,
con espíritu de fiel servicio y de total entrega,
a fin de que nuestro testimonio sea creíble y fecundo.
Amén.

A todos os envío con afecto una especial bendición apostólica.

Castelgandolfo, 15 de agosto de 1995, solemnidad de la Asunción de la bienaventurada Virgen María.

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana